

bien había hecho un viaje á Aquitania, donde Guillermo no había podido resistir á la virtud y elocuencia del Santo; pero despues de su partida el primer seductor del príncipe precipitó á este en la recaída.

Habiendo llegado por segunda vez Bernardo á Aquitania con Geofredo de Chartres y algunos otros prelados, suplicaron á varias personas de autoridad que se empeñasen con el duque á fin de que les concediese una conferencia (1135); y tanto le suplicaron, ó por mejor decir, el que convierte á su voluntad los corazones mas inflexibles dispuso de tal modo el de aquel príncipe intratable, que consintió con mucho gusto en lo que se le proponía. En la conferencia que se tuvo en Parthenai, el discurso del legado y el de su santo cooperador hicieron tanta impresion en el ánimo del duque, que manifestó poca repugnancia en reconocer á Inocencio por verdadero Gefe de la Iglesia: pero añadió que los obispos de su obediencia le habían ofendido demasiado para que pudiera jamás prestarse á su restablecimiento.

Como se insistiese fuertemente de una parte y otra sobre este artículo, y la negociacion se alargase con riesgo de frustrarse el resultado como la primera vez, Bernardo, recurriendo á otras armas fué á celebrar misa seguido de todos los que habían asistido á la conferencia. El duque y los demás cismáticos se quedaron á la puerta de la iglesia: hecha la consagracion y dada la paz, Bernardo, animado de un fuego celestial que brillaba en sus ojos y en su aspecto, tomó en la mano la patena con el cuerpo de nuestro Señor, bajó á la puerta del lugar santo, y dijo al duque con una voz terrible: «os hemos suplicado, y nos habeis despreciado, y en otra asamblea habeis despreciado tambien á todos los siervos de Dios: hé aquí el Hijo de Dios mismo, Gefe y Señor de esta Iglesia que perseguís: he aquí vuestro Juez,

aquel Juez formidable á cuyo nombre toda potencia dobla la rodilla. Algun dia caereis en manos de este formidable Juez, y le despreciareis entonces como habeis despreciado á sus enviados (1)?» Al oír estas palabras todos los asistentes se deshacían en lágrimas, y temblaban esperando lo que sucedería. El duque cayó en tierra como si le hubiese herido un rayo; y habiéndole levantado sus gentes volvió á caer inmediatamente, y sin mirar ni oír á ninguno daba profundos suspiros, y su boca echaba espumajo como la de un epiléptico (1135).

El siervo de Dios, acercándosele mas, le tocó ligeramente con el pié, mandándole que se levantase y escuchase las órdenes del Señor. El duque se levantó, y el Santo dijo: «Ved ahí el obispo de Poitiers que habeis arrojado de su iglesia; reconciliaos con vuestro pastor, satisfacéd á Dios y á los hombres, y dad al Papa Inocencio la obediencia que le da toda la Iglesia.» Entonces el duque corre al encuentro del obispo, le da el beso de paz, y quiere él mismo llevarle á Poitiers, donde poco despues le restableció efectivamente en su Silla con aplauso de toda la ciudad. Despues de ese tono imperativo, tomando Bernardo el lenguaje de la dulzura y de la ternura paternal, exhortó al duque á no provocar mas la venganza del cielo, y á perseverar constantemente en las buenas disposiciones en que le dejaban. Guillermo en efecto permaneció firme en la unidad católica, y reparó con obras de grande edificación los escándalos que había dado.

Por el mismo tiempo casó á su hermana Matilde con el príncipe Ramiro, que fué sacado de la abadía de San Pons, donde hacía cuarenta años era monge, para subir en el de 1134 al trono de Aragon, vacante por la muerte de su hermano Alfonso I llamado el

(1) *Vil. lib. 11, cap. 6.*

Batallador (a). Ramiro, aunque era sacerdote, se casó despues de haber obtenido la dispensa necesaria, como nos lo aseguran los historiadores españoles, y lo confirma la continuacion de su vida virtuosa. Luego que se vió con una hija que pudiese heredar sus Estados, la concedió en matrimonio aunque no tenía mas que tres años, á Raimundo IV, conde de Barcelona, que se hallaba en edad de gobernar: despues abdicó la corona, y volvió á tomar su primera profesion. En vano se le ofrecieron los obispados de Barcelona y Tarragona, pues tam-

bien sacrificó la mitra despues de la corona, y acabó sus dias en su monasterio (a).

En la misma provincia y por el propio tiempo, un señor del pais llamado Ponce de Lavaza, dió un ejemplo no menos heroico que el sacrificio de un reino (1). Despues de haber sido por mucho tiempo el terror

(a) Los historiadores de Aragon han dejado pocas memorias del rey D. Ramiro. Trátanle algunos de rudo en las armas, y sin las cualidades necesarias para reinar en paz y guerra. Pero lo primero es notoriamente falso, pues en aquellos tiempos y siguientes hasta el siglo XV los obispos eran los primeros capitanes de los ejércitos, mayormente contra moros; y de lo segundo no hay prueba alguna, á no ser que se tome por el mejor rey el mas guerrero y conquistador. Se le atribuye tambien haber dado la muerte á quince caballeros por los consejos del abad de Tomer; mas semejante inculpacion carece del apoyo que desea la historia. Hizo la cesion de su corona á favor de su hija doña Petronila en el año 1137, á los tres de su reinado y cincuenta y tres de edad. Vivió todavia en su retiro hasta el de 1147. Ortiz ib.

Por este tiempo segun Mariana (lib 40) fué descubierta por revelacion de un pastor, aunque entonces no se hizo caso de ella por la humilde clase á que este pertenecía, el cuerpo de San Ildefonso arzobispo de Toledo que yacia olvidado por la perturbacion de los tiempos, averiguándose luego en tiempo de Alfonso VIII la verdad del dicho del pastor, cuando siendo Severo obispo de aquella ciudad, al abrir los cimientos de la iglesia de San Pedro que se iba á reedificar, se halló un sepulcro de mármol con el nombre de San Ildefonso, de que salió un olor de maravillosa fragancia. — A la misma sazón y por el Papa Calisto II fué hecha arzobispal la iglesia de Santiago, trasladando á ella los derechos y prerogativas de la de Mérida, que continuaba en poder de moros, señalándole por sufragáneos los doce obispados siguientes: Salamanca, Avila, Zamora, Ciudad-Rodrigo, Coria, Badajoz, Lugo, Astorga, Orense, Mondoñedo, Tuy, y despues Plasencia.

Florecieron tambien por este tiempo varios Santos; entre ellos Oton, obispo de Urgel, que murió en 1122; San Ramon ó Raimundo, obispo de Barbastro, que falleció en 1126; San Isidro Labrador, cuya piedad y virtud brilló en el oficio humilde de jornalero ó mozo de labranza en Madrid al servicio de don Ivan de Vargas, y que el Señor ha hecho tan célebre que hoy es patron de la capital de las Españas, conservándose en Madrid su santo cuerpo, que despide gratisimo olor, y existiendo todavia la fuente que hizo brotar en el campo (donde hay edificada una ermita en su honor) para apagar la sed de su amo: falleció en 15 de mayo de 1130; por último, mencionaremos á San Olegario, obispo de Barcelona y despues arzobispo de Tarragona, que murió en 1137. — Olvidábasenos decir que tambien por este tiempo se introdujo en España el órden del Cister, á peticion de dona Sancha y del rey de Castilla D. Alonso que escribieron á San Bernardo, el cual envió algunos religiosos y se edificaron muchos monasterios de cistercienses.

(N. del E.)

(1) *Miscell. Batuz. 3, pag. 203.*

(a) El esforzado guerrero Alfonso el Batallador de cuyos brillantes hechos de armas hablamos ya en la nota de la página 391 murió despues de la accion de Fraga ocurrida en 17 de julio de 1134. Desde que segun ya dijimos ajustó las paces por la mediacion de los obispos con Alfonso Ramon, rey de Castilla, Leon y Galicia, ó sea don Alonso el emperador, prosiguió ensanchando los límites de su reino de Aragon á costa de los mahometanos fronterizos. Quitóles, además de otras muchas plazas de que ya hicimos mención, la fortísima ciudad de Mequinenza, y pasó á sitiar á Fraga en la campaña de 1133; pero si bien estrechó el cerco, y causó innumerables pérdidas á los moros, no pudo en aquel año rendir aquella plaza que era entonces muy fuerte. A principios de la campaña siguiente se juntaron contra Alfonso los príncipes moros de Lérida, Valencia, Murcia y aun de las Andalucias, proponiéndose forzarle á alzar el sitio de Fraga. Marcharon hácia la ciudad con un poderoso ejército, y acometieron á los cristianos con indecible furor el 17 de julio. Peleóse por ambas partes con el mayor encarnizamiento, pero venció la muchedumbre de los moros y desbarataron de todo punto á los cristianos. Murieron en la accion muchos obispos (entre ellos los de Huesca y Roda), prelados y generales de gran mérito; el rey se vió precisado en su fuga á empeñar nueva lucha junto á Sariñena, donde derrotado el pequeño número de gente que le seguia, quedó muerto en el campo, si bien Ferreras opina que despues de pelear con el mayor denuedo logró salvarse y se retiró al monasterio de San Juan de la Peña y que allí murió de tristeza. D. Alfonso I de Aragon fué uno de los mayores reyes que ha tenido España. Veinte y nueve batallas tuvo con los moros y las ganó todas, perdiendo solo la de Fraga por que perdió la vida: fué justiciero, piadoso, y muy religioso en sus años maduros: reinó treinta y vivió mas de sesenta. No dejando hijos que le sucediesen en la corona pasó esta á su hermano D. Ramiro II, llamado el Monge, que había sido abad de Sahagún, y obispo electo, primero de Burgos, despues de Pamplona, y últimamente de Roda y Barbastro. La Navarra se separó entónces de Aragón, y nombró por su rey propio á D. Garcia Ramirez, nieto del rey D. Sancho. Véase Ortiz lib. 8, c. 3. (N. del E.)

del pais inmediato y el azote de toda la provincia, fué de repente tocado del temor de los juicios de Dios en términos que resolvió hacer una penitencia tan pública como lo habian sido sus escándalos, y mudó al instante de vida y de conducta. Sus antiguos amigos, aprobadores y cómplices de sus desórdenes, fueron á verle con admiracion, y les habló con un lenguaje tan patético que conquistó á seis de ellos para el mismo género de vida que él se proponia abrazar.

Resolvió por el pronto vender todos sus bienes para distribuirlos en piadosas liberalidades, satisfaciendo primero todas las obligaciones de justicia antes de abandonarse á los movimientos de su ardiente caridad. Hizo publicar la venta que habia resuelto, y reunió en dia convenido á los compradores de todas condiciones; y como era muy rico, pronto se agotaron los bolsillos antes que fuese todo vendido: entonces declaró que por lo que quedaba recibiria en pago granos, ganados y todo lo que pudiese servir á los usos de la vida, y despues hizo notificar á todos los que tuviesen de qué quejarse de sus robos y de sus injusticias, que se presentasen en Peguerolles en los tres primeros dias de la Semana Santa que estaba próxima.

El domingo de Ramos, habiendo pasado á Lodeva, esperó que la procesion llegase á la plaza pública, donde habia hecho levantar un tablado para predicar desde él un sermón al pueblo. Entonces se hizo conducir Ponce á aquel sitio con una cuerda al cuello y las espaldas desnudas, sobre las cuales los que le acompañaban iban descargando por su órden rícos golpes con varas. Luego que llegó al sitio del tablado en donde el clero habia tomado puesto, subió á él, se postro á los pies del obispo, le presentó un papel en que habia escrito todos sus pecados, y le rogó que le leyese en presencia de todo el pueblo. El obispo quiso dispen-

sarle de esta vergüenza; pero el penitente hizo tantas instancias, que al cabo fué necesario hacer la lectura. Todo el tiempo que duró ésta, que fué largo, hizo que le azotasen de nuevo con las varas, pidiendo continuamente que apretasen las manos, y confesándose culpable de todas aquellas iniquidades. La edificacion fué tan grande entre los asistentes, que todos se deshacian en lágrimas; y muchos, á quienes la vergüenza habia cerrado la boca aun en las confesiones secretas, hicieron á su ejemplo una generosa penitencia.

Al dia siguiente, término señalado para la reparacion de los daños que habia hecho Ponce, pasó éste á Peguerolles y encontró un gran número de personas que esperaban restituciones de él. Cuando llegó se postro á los pies de cada uno pidiéndoles perdon, y despues les volvió en la misma especie lo que les habia tomado, dinero, efectos, ganado y frutos de toda clase, y ellos creyeron encontrar las mismas cosas que les habian faltado, de suerte que fué tan grande su júbilo como su sorpresa; y el nombre de Ponce, que habia sido largo tiempo objeto de maldiciones públicas, fué pronunciado en adelante con admiracion y entusiasmo. Como todo el mundo se volviese contento, y advirtiese Ponce que un aldeano no habia reclamado nada: «¿Por qué, amigo mio, le preguntó, no me pides nada cuando ves que satisfago á todos?»—«Yo, señor, respondió el aldeano, lejos de tener que reclamar contra vos, tengo muchos beneficios que agradecer, pues me habeis protegido siempre contra mis enemigos.»—«Y no te acuerdas, le dijo Ponce, de haber perdido en tal tiempo una noche todo tu rebaño? Pues yo fui quien te lo hice quitar.» El aldeano, que apenas se acordaba de aquella pérdida, reparada mucho tiempo antes, no queria admitir el reintegro; pero Ponce le obligó á recibir otro rebaño.

Despues de estas obras de obligacion distribuyó el resto de sus bienes á los pobres, y en la noche del jueves ó viernes Santo salió con sus compañeros para una peregrinacion, no llevando cada uno mas que un pobre vestido, un baston y un morral: primero fueron á San Guillen del Desierto, esto es, de Gellon; despues á Santiago de Galicia, volviéndose despues al monte de San Miguel, á San Martin de Tours, á San Marcial de Limoges, á San Leonardo en la misma provincia, y concluyendo su viage en Salvanés, lugar solitario de la diócesis de Rhodez, que les dió un señor llamado Arnaldo del Puente, el cual los recibió como ángeles bajados del cielo, pidiéndoles que escogiesen en su territorio, y diciéndoles: «sembrad, plantad, edificad donde mas os acomode; yo estoy contento con que rogueis por mí.» Ellos eligieron el lugar mas áspero y mas inculto, todo erizado de abrojos y malezas, y construyeron en él miserables cabañas.

Hallándose el pais afligido de un hambre cruel, proveyeron, á pesar de su indigencia, á la subsistencia de una infinidad de miserables, y los pobres corrieron de todas partes en número tan crecido, que aquellos tiernos solitarios viéndose ya sin medio alguno de socorrerlos, pensaron la mayor parte de ellos en huir, para no ver perecer los desgraciados á su vista; pero Ponce les dijo: «Aquí hemos venido á combatir hasta el último suspiro, y no á ceder á los obstáculos: vendamos hasta las correas de nuestros zapatos para socorrer las necesidades de nuestros hermanos, y si es menester, muramos tambien con ellos.» Habiendo llegado esta resolucion generosa á los oídos de Arnaldo del Puente, les envió en el momento trigo; y el Señor, ayudando su caridad de un modo maravilloso, hizo que aquellos granos, insuficientes con mucho á tan grande escasez, se multiplicasen de tal

modo entre sus manos que fueron bastantes para mantener á todos los necesitados hasta la cosecha.

Su caridad y todas sus virtudes les atrajeron un gran número de compañeros que formaron con Ponce el designio de abrazar alguna observancia regular. Tratose desde luego de elegir entre el instituto de la Cartuja y el del Cister, que eran los mas perfectos de que tenian noticia; y para asegurarse fué Ponce á consultar á los cartujos; pero estos dignos religiosos fueron tan modestos, que le aconsejaron que se determinase por el Cister, como efectivamente se verificó; y asi es como aquel órden mas famoso de dia en dia adquirió en el año de 1136 la abadía de Salvanés, de que Ademaro, discípulo de Ponce de Lavaza, fué primer abad, pues él no quiso tener otra clase que la de hermano lego ó converso, teniéndose todavia por muy honrado en servir á los servidores de Jesucristo en los oficios mas bajos.

El cisma de Aquitania no quedó enteramente estinguido por la conversion del duque Guillermo, pues Gerardo de Angulema persistió obstinadamente en él hasta la muerte; pero en su obstinacion renovó el ejemplo de la mayor parte de los seductores y dió tambien una prueba formidable de la severidad de los juicios de Dios para con los hombres iníquos, tan diestros en sembrar el contagio, como poco dispuestos á repararle. Algun tiempo despues de la reunion de su provincia, se le encontró muerto en su cama sin haber dado ninguna señal de penitencia. Sus sobrinos, á quienes habia enriquecido á espensas de la Iglesia, le hicieron enterrar en sagrado; pero el legado Geofredo de Chartres le hizo desenterrar, y despojó tambien á sus sobrinos de las dignidades eclesiásticas de que los habia revestido aquel prelado, que sin la ambicion, la avaricia y el cisma en que estas pasiones desmascaradas por fin le habian

precipitado, habria dejado despues de su muerte la reputacion de uno de los obispos mas grandes de su tiempo. Geofredo de Chartres dió en su legacion pruebas admirables de desinterés. Todo el tiempo que aquella duró, esto es, en los continuos viajes que hizo durante muchos años, vivia á sus espensas y no recibió regalo alguno; llegando hasta tal extremo esta delicadeza, que habiéndole llevado un sacerdote un esturion (pescado), no le quiso recibir hasta que obligó al sacerdote á recibir confuso su precio.

San Bernardo, creyéndose por fin tranquilo en su claustro, volvió á emprender con un gusto enteramente nuevo la composicion de aquellos piadosos y sabios escritos que le han merecido el título de Padre de la Iglesia. A ruegos de diferentes amigos de distincion, habia trabajado ya sobre las obligaciones sublimes del episcopado, sobre las materias de la gracia y del libre albedrio, y sobre la unidad de la Iglesia y los peligros del cisma. Sus respuestas á las cartas que se le dirigian de todas partes, eran además otros tantos luminosos tratados sobre las cuestiones mas espinosas. Entonces compuso sobre el Cántico de los Cánticos los sermones mas convenientes á sus religiosos, á los cuales hacia falta, como dijo él mismo, un alimento diferente del pan de los débiles. Despues hizo á los templarios, dignos entonces de sus cuidados y de sus elogios, aquella hermosa exhortacion que se tiene con justicia por uno de los monumentos mas respetables, y por la cual se puede valuar el juicio tan diferente y temerario de algunos censores modernos que se atreven á tratar de extravagancia la union de la vida militar con las observancias religiosas. Asi sucede que todos los panegiristas afectados de la antigüedad vienen á ser comunmente sus primeros detractores.

No gozó San Bernardo dos años del re-

tiro laborioso que era tan conforme á su gusto. En principios de 1157 le escribió el Papa que acudiese otra vez al socorro de la Iglesia, y el santo abad no pudo dispensarse de hacer tercer viage á Italia. El emperador Lotario habia entrado en ella con fuerzas capaces de hacer respetar su autoridad y la del Papa Inocencio. Esta expedicion no fué mas que un encadenamiento de victorias: atravesó como conquistador toda la Lombardia, la Romania todavía sometida entonces al imperio, la Marca de Ancona y el ducado de Espoleto. De allí pasó á la Pulla, en la cual quitó casi todas las plazas al duque Rogerio hecho rey de Sicilia: sometió tambien á sus leyes y á las del Pontífice legitimo el monasterio de Monte-Casino, que despues de la muerte del abad Seignoret, y la eleccion poco regular de Reinaldo su sucesor, habia manifestado mucha adhesion al partido del rey Rogerio y de su Papa Anacleto. Pero al mismo tiempo que se ganaban con las armas las plazas y las provincias, se requeria por la fuerza de la persuasion triunfar de los corazones, y presentar la verdad con tal esplendor que acabase de disipar todas las preocupaciones. Ninguno era mas á propósito para este género pacífico de victorias que el santo abad de Claraval, y esta era la razon por que se le habia mandado á llamar, en medio de las prosperidades y de los triunfos militares.

Desde luego fué de parecer que cesasen por entonces las guerras y las conquistas, y despues de haberse informado cuidadosamente de las disposiciones de los principales cismáticos, conoció que la inquietud sobre su suerte venidera y el temor de verse despreciados eran las únicas causas que los contenian. Manifestó mucho sentimiento por su situacion, les inspiró confianza, y obtuvo conferencias particulares con muchos de ellos, y en estas disipaba sin trabajo sus sospechas y respetos humanos, y con su

elocuencia acostumbrada les hacia conocer que la felicidad y el verdadero honor no podian consistir en perpetuar facciones contrarias á las leyes del imperio y de la Iglesia. Este modo de proceder fué disminuyendo considerablemente el partido de Anacleto, que no hizo mas que irse arruinando de dia en dia. El mismo perdió tambien el ánimo al ver que sus propias pérdidas aumentaban el poder de Inocencio: carecia de dinero: su corte no era mas que una sombra de lo que habia sido: su mesa mal servida no tenia ya convidados: se veia abandonado de la mayor parte de sus oficiales, y los pocos que le quedaban, cargados de deudas y sin ningun crédito, llevaban la imágen de la miseria hasta en sus figuras estenuadas y en sus sórdidos vestidos.

Bernardo, despues de conseguir tantas ventajas entre los cismáticos, fué enviado por el Papa al rey Rogerio, su principal apoyo, con los cardenales Aimeri y Gerardo (1). El Antipapa por su parte envió tambien tres cardenales de los suyos, entre los cuales iba el cardenal Pedro de Pisa, reputado por el orador mas elocuente y el canonista mas hábil de su siglo. Rogerio no dudó de que un hombre tan sabio confundiria al abad de Claraval, á pesar de toda su celebridad entre los católicos; y con esta confianza hizo tener una conferencia pública en Salerno, lugar de su ordinaria residencia (1157). Pedro de Pisa pronunció en ella un discurso en que despues de haber desplegado toda su elocuencia y su profundidad en los cánones, se esforzó en probar la legitimidad de la eleccion de Anacleto. Bernardo respondió: «¿quién duda de que sois un excelente orador? ¡Pluguiese á Dios que defendiéseis una causa digna de vuestra elocuencia! Por lo que á mí hace, mas acostumbrado á manejar la

(1) *Vit. lib. 2, cap. 2.*

hazada que á hacer arengas, guardaria profundo silencio si el interés de la Iglesia no me instase á hablar. Una es esta Iglesia, así como no hubo mas que un arca, fuera de la cual todo pereció por el diluvio. Ahora pues, la Francia, la Germania, la España, la Inglaterra, todo el Oriente igualmente que el Occidente, los mas dignos hijos de Dios, los camaldulenses, los cartujos, los religiosos de Cluny, de Grandmont, de Premontre y del Cister, están unidos á la comunión de Inocencio como al arca de salvacion. ¡No quiera Dios que todos estos hijos de los Santos con los sucesores de los Apóstoles que se les han dado por guias en las personas de los obispos, sean confundidos en el abismo eterno, y que el cielo no se abra sino á la codicia de Pedro de Leon, y al único príncipe que ha logrado hacer cómplice suyo.

Acercándose despues Bernardo á su antagonista, y tomándole por la mano, le dijo en aquellos términos que tantas veces triunfaron de los corazones: «creedme, no resistais al Espíritu de Dios; y entrad con nosotros en el arca de salvacion.» Estas palabras subyugaron al instante al altivo orador, y Pedro de Pisa abandonó á los cismáticos y fué á reconciliarse con el Papa Inocencio. El rey Rogerio quedó consternado con esto; pero las razones de Estado, mas fuertes entonces en su corazon que las de la Religion, limitaron á esta momentánea emocion los efectos de tan grande ejemplo, como tambien los de un milagro ruidoso que San Bernardo hizo en la misma ocasion. Además de su título de rey que Rogerio tenia solo de Anacleto, habia usurpado los patrimonios de la Santa Sede cerca de Benevento y de Monte-Casino, y queria esperar tiempo oportuno para negociar la conservacion de ellos.

Las victorias de Lotario en Italia fueron tan ruidosas, que llegó la fama inmediata-